

Introducción: la rebelión de las niñas

In general, there is an assumption that children are moving towards adulthood and maturity, that they are unfinished and incompetent. This vision of childhood has become so commonplace that it serves as the bedrock for most of our thinking on children and their place in the world. Children are frequently denied rights that are accorded to adults (for example, the right not to be hit), and are spoken about as society's "investment in the future" rather than being valued for who they are and for what they do now. A positive side to this perspective on childhood is the view that children are in need of protection by adults and the state. But it should be possible to protect children without devaluing them¹ (Greene 2003: 23).

Nostalgia, particularly for childhood, is likely to be a mask for unrecognized anger² (Heilbrun 1988: 15).

-
1. "En general, se asume que los niños van avanzando hacia la edad adulta y la madurez, que son incompetentes y están sin terminar. Esta visión de la infancia es tan común que es la base fundamental de nuestra percepción de los niños y su lugar en el mundo. Los niños con frecuencia carecen de derechos que se conceden a los adultos (por ejemplo, el derecho de no ser golpeados) y se habla de ellos como la 'inversión en el futuro' de la sociedad en lugar de ser valorados por lo que son y por lo que hacen en el presente. Un lado positivo de esta perspectiva sobre la infancia es la opinión de que los niños necesitan protección por parte de los adultos y el Estado. Pero debería ser posible proteger a los niños sin devaluarlos" (traducción nuestra).
 2. "La nostalgia, particularmente por la niñez, es probable que sea una máscara para una rabia no reconocida" (traducción nuestra).

Contra el fetiche de la niña

Este libro nació de mi encuentro con América Vicuña. Ocurrió una madrugada mientras devoraba por segunda vez la séptima novela de Gabriel García Márquez, *El amor en los tiempos del cólera* (1985). El descubrimiento de la última de las 623 amantes que acompañaron la paciente espera de Florentino Ariza por la viudez de su verdadero amor, me conmovió hasta el llanto. Más que la compasión hacia aquella niña de doce años “con sierras en los dientes y peladuras de la escuela primaria” o la repulsión hacia el septuagenario tutor que “se la fue llevando de la mano con una suave astucia de abuelo bondadoso hacia su matadero clandestino” (362-363), más que la tristeza por el suicidio de América durante la feliz consumación de una de las más memorables historias de amor de nuestros tiempos, me sobrecogió mi ceguera: pensar que durante mi primera lectura, a los 14 años, había celebrado el triunfo del amor de Florentino Ariza por Fermina Daza sin notar el sacrificio de América.

Una vez corrido el velo, las relecturas del escritor colombiano vendrían a confirmar la sensación de *déjà vu* que me causó Delgadina, la adolescente prostituida y dopada para suplir las fantasías eróticas de otro mujeriego empedernido, Mustio Collado, el protagonista de *Memorias de mis putas tristes* (2004), una de sus últimas novelas. Entre sus antecesoras recordé a la Cándida Eréndira, Remedios Moscote, Leticia Nazareno y Sierva María. Años después, mientras presentaba una ponencia sobre las niñas garciamarquianas a lectores asiduos en su ciudad adoptiva, Cartagena de Indias, pude comprobar que no era yo la única “ciega”. A juzgar por la patente mayoría de la crítica en torno a la obra de García Márquez, América, al igual que sus congéneres, es invisible.³ Lo son también las docenas de niñas y adolescentes que pu-

3. En medio de la manigua de estudios publicados sobre la obra de García Márquez, he hallado pocos artículos que reconocen y cuestionan, aunque con diversas conclusiones, la representación de la pederastia y la construcción de los personajes femeninos infantiles en la obra del Nobel. Véanse los trabajos de Alessandra Luiselli (2007), Francesca Camurati (2008) y el ensayo del Premio Nobel sudafricano J. M. Coetzee sobre *Memorias de mis putas tristes* (2007), además de mi propio artículo (2010).

lulan en el imaginario amoroso de los escritores latinoamericanos y caribeños a todo lo largo del siglo xx. El motivo es tan recurrente que cabe preguntarse qué habría sido del *boom* sin ancianos enamorados contemplando virginales púberes o seduciendo virtuales “Lolitas”. No obstante, y pese a que la genealogía de Vladimir Nabokov cuenta entre sus seguidores a varios Premio Nobel —Octavio Paz, Miguel Ángel Asturias y Mario Vargas Llosa, además de García Márquez—,⁴ su prolijidad es tan sugerente como sorda ha sido la crítica ante las connotaciones poéticas y estéticas de su reiteración, aún más ante sus implicaciones socioculturales y éticas.⁵

Debo al poder de la literatura no sólo mi ceguera inicial frente a la representación acrítica del “amor” por las niñas sino también la transformación de mi punto de vista que hizo posible el reencuentro o, más bien, que remedió mi desencuentro original con América Vicuña. En mi reconocimiento de América cristalizaron historias, voces y experiencias llevadas a la ficción por autoras caribeñas y latinoamericanas, cuyo universo está igualmente poblado de niñas y adolescentes: chiquillas que ríen, gritan, reclaman y muerden; muchachitas caminando descalzas, bañándose desnudas en el río o bajo la lluvia, atreviéndose a llevar el pelo suelto, a bailar entre cuerpos sudorosos o a hacer preguntas “indiscretas” pese a la amenaza, la persecución o el castigo; pequeñas llorando de rabia, vergüenza o miedo; señoritas cansadas de ser “decentes” y mujeres escapando a cualquier precio del peso de serlo; niñas, adolescentes

-
4. Otros ejemplos son el de Juan Carlos Onetti y Filiberto Hernández, para el Cono Sur, o el de Guillermo Cabrera Infante y Severo Sarduy para el Caribe.
 5. En contraste con la lectura más difundida y emulada de *Lolita*, Olga Voronina argumenta que Vladimir Nabokov creó a Humbert Humbert como parodia de varios escritores y artistas contemporáneos, incluyendo al controversial Lewis Carroll, en aras de problematizar la obsesión pedofílica durante la era victoriana. De acuerdo con Voronina, Nabokov dio vida a Lolita “in order to revive, relive, and bring to a close the Humbertian discourse that no one before him cared to judge ethically, rather than from an aesthetic point of view” (2006: 147; “con el fin de revivir y llevar a su fin el discurso Humbertiano que nadie antes que él se preocupó de juzgar éticamente en lugar de desde un punto de vista estético”, traducción nuestra). De aceptarse esta interpretación, resulta aún más irónico y sugerente el “malentendido” que consolidó y bautizó uno de los más poderosos mitos sobre la sexualidad femenina: el de la niña hipersexual y provocadora.

y mujeres golpeadas, violadas, reducidas a la depresión o al suicidio. Las protagonistas de esta narrativa desafían el silencio y denuncian, por contraste, la invisibilidad de las niñas del *boom*, sus inspiradores y sucesores. Si bien la sexualidad de las niñas y las relaciones de niñas y jóvenes con hombres mayores constituyen asimismo motivos recurrentes en estas historias, su representación carece del *glamour* del discurso amoroso y del aura intelectual o espiritual que sacraliza a los adultos que las cortejan en casos como el de Florentino Ariza. De infames y violentos, mediados por mentiras, intimidación o intercambios económicos, entre otras instancias de sujeción y dominación sexual, son catalogados los encuentros que entre los escritores pasan por historias de amor. Lejos de exonerar a sus perpetradores, las escritoras acusan, juzgan y hasta vengan sus acciones en la ficción, revelando la inherente desigualdad y los efectos traumáticos de estas relaciones en la formación física y psíquica de sus protagonistas. Hay, sin embargo, mucho más que victimización en su caracterización de las niñas. Rabia, dolor y compasión coexisten con la celebración de la curiosidad, sensualidad, inteligencia y libertad de las niñas, plasmadas en variedad de experiencias infantiles que problematizan el sentido comúnmente adjudicado al retorno a la niñez como gesto nostálgico y la interpretación de la infancia como emblemática de la “inocencia”.

La rebelión de las niñas. El Caribe y la conciencia corporal es, en primera instancia, un estudio de la relación entre la ficción y la construcción simbólica del cuerpo y la sexualidad femenina, anclado en la caracterización de niñas, adolescentes y el proceso de hacerse mujeres entre escritoras de habla hispana del Caribe continental e insular. Mi análisis reproduce la invitación implícita en la narración de la niñez a dialogar con el sujeto infantil, en cuyo cuerpo, experiencia y conciencia situó tanto el origen de los avatares de los personajes femeninos adultos, como variedad de respuestas posibles a dilemas comunes de niñas y mujeres en torno a su identidad. Capítulo a capítulo indago además en el rol de la escritura del cuerpo infantil, tanto en la resignificación de la subjetividad e identidad a nivel textual como en la disputa contra la apropiación simbólica y empírica del cuerpo de las niñas más allá de la literatura. Las diferentes modalidades de resistencia o “rebeliones” de las protagonistas emergen así como denuncia de las

limitaciones en el repertorio vigente de feminidades disponibles para niñas y mujeres en relación no sólo con su género y sexualidad sino también con su raza, estatus socioeconómico y pertenencias nacionales, y, al mismo tiempo, como testimonio, formulación y ensayo de modelos más autónomos de subjetividad.

Antes de que articulara los argumentos críticos y teóricos que sustentan mi interpretación, el recorrido aquí propuesto fue precipitado por mi reacción visceral a la seducción, el abandono y el suicidio de América Vicuña. La “magia” de la respuesta corporal a la lectura es que no obedece a las explicaciones racionales para *sentir* los sucesos, por eso es quizás el cuerpo el mejor testigo de los elusivos vínculos entre la ficción y lo real cuya intuición motiva este libro. Mi reacción hace eco a su vez de la prevalencia de las vivencias corporales como eventos comunicativos y cognitivos entre los personajes estudiados. *La rebelión* propone leer la curiosidad y agencia adjudicada por las autoras al cuerpo infantil como manifestaciones de un saber alternativo a la razón, ajeno tanto a la “inocencia” como a la “precocidad” atribuidos al comportamiento de niños y niñas, con sus consabidas connotaciones sexuales. Fruto de la percepción, que da lugar al pensamiento y al conocimiento, este saber responde a la experiencia del cuerpo, cuya permeabilidad sensorial facilita el reconocimiento de objetos y sujetos, su localización en el espacio y en el tiempo, la relación con los mismos y, en suma, la formación del sujeto y su conciencia de sí mismo (Merleau-Ponty 2005 [1945]). Ese saber anclado en el “cuerpo vivido” es origen y producto de lo que a lo largo de este libro denomino la “conciencia corporal”. En el primer y último capítulos retornaré respectivamente a las implicaciones de esta forma de conciencia para entender, por un lado, el proceso de subjetivación o individualización y, por el otro, las relaciones intersubjetivas y el “cuerpo social”, en particular en el contexto caribeño.

La subyugación física y simbólica que los escritores citados reproducen a través de sus silenciosas damiselas se orienta, según sugieren por contraste los textos de las escritoras, a la supresión del saber y la autonomía de ese cuerpo-sujeto perceptivo y sensible del cual es emblemático la niña. La perspectiva de niñas y adolescentes abre además la puerta a una verdad alterna y paralela, que se contrapone a los mitos

sobre la sexualidad y la subjetividad de hombres y mujeres encubiertos desde el punto de vista predominantemente masculino y patriarcal que reina tanto en el realismo social como en el “maravilloso” o “mágico”. La conciencia corporal de la niña media la reproducción textual de lo que en este libro denominé lo “real íntimo”.

La anécdota inicial de mi experiencia como lectora prelude en varios niveles los vínculos entre narrativa y poder que el ingreso en lo “real íntimo” permite atisbar. La ficción ha jugado un papel indudable en la consolidación y continuidad de la distinción entre inocentes doncellas y peligrosas seductoras que domina el imaginario sobre la sexualidad infantil femenina desde sus más remotos antecedentes. Sin embargo, no sobra advertir que la apropiación del cuerpo de las niñas y el desplazamiento de sus voces e identidades por la proyección edificada a imagen y semejanza del deseo, las fantasías y la culpa del adulto —proceso magistralmente reproducido por los narradores latinoamericanos— no es un problema de índole literaria.⁶ La resistencia de escritores, lectores y críticos a considerar las connotaciones éticas de la recreación estética de la niña erotizada y su dominación sexual —llámese incesto, pedofilia y/o pederastia, se ejerza a través de la seducción o de explícita violencia— resuena con el silencio que garantiza la impunidad de los agresores reales, en el contexto caribeño, el latinoamericano y más allá.⁷ La obsesión de la literatura regional con niñas y “vírgenes”

-
6. Entre las tendencias comunes a la representación de estas relaciones entre los escritores latinoamericanos pueden destacarse la emulación de las fantasías y maniobras de autojustificación del agresor, incluyendo la proyección del deseo y la culpa propias sobre las niñas, y la prevalencia exclusiva del punto de vista masculino sobre la construcción del personaje femenino. Dichas estrategias han permitido una suerte de seducción discursiva de los narradores sobre los lectores, evidente en la institucionalización de tales fantasías como realidades cuya naturalización no sólo relega al silencio y al fetiche la sexualidad infantil femenina sino que exonera y victimiza a los perpetradores —culpables por su debilidad ante la “provocación” de las “Lolitas”.
 7. Entre las objeciones frecuentes al cuestionamiento de estas prácticas y su representación, se suele aludir al problema de la historicidad de los términos con los que hoy se definen estas relaciones como “abuso infantil”, dado que la infancia y la adolescencia son conceptos modernos y la sanción del abuso a los niños es aún más reciente (ver Hacking 1999). Mi análisis parte de la base de que estas prác-

es, a su vez, una de muchas manifestaciones del fenómeno de “ubiquitous eroticization of little girls in the popular media and the just as ubiquitous ignorance and denial of this phenomenon”⁸ que caracteriza su representación contemporánea a escala global (Walkerdine 1996: 363).

La universalidad del fetiche de la “niña” es evidencia de la negación de subjetividad a los niños a la que alude el primero de los epígrafes de esta introducción. En la medida en que el derecho de las mujeres a una personalidad autónoma continúa en disputa —cada vez más brutal a juzgar por el recrudecimiento de la violencia de género en el presente siglo— las niñas son, aún más que los niños, víctimas de la devaluación de la infancia que denuncia Sheila Greene. Incluso entre los estudios feministas, en medio de los reclamos contra el monopolio masculino sobre la definición del “Sujeto” y de sofisticados análisis contra la apropiación simbólica y empírica de las experiencias femeninas, las niñas siguen siendo sólo parcialmente visibles, a menudo obviadas en disquisiciones sobre “mujeres” que las reducen a sujetos en formación o prospectos —incompletos e incompetentes— de la adulta. Dada la generalizada negación de subjetividad a las niñas, no sobra enunciar la más básica de las premisas que inspira este libro: las niñas, al igual que los niños, son personas en sí, no estados de evolución o individuos potenciales. Cada vez que una niña es golpeada, violada, torturada, vendida,

ticas, nombradas o no, han tenido efectos fundamentales en la formación de la personalidad de niños, niñas y mujeres, pasados y presentes, pese a los diversos grados de tolerancia a estos comportamientos en distintos contextos históricos y culturales. Las consideraciones éticas de este libro se circunscriben a derechos y violaciones reconocidos, aunque preexistentes, por la “Convención para los derechos del niño” establecida en 1989 por la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos. La convención contempla, entre otros derechos vulnerados por el maltrato, la seducción, la violación y el tráfico de niños y niñas, el derecho a la igualdad, a la protección contra los abusos y la explotación sexual, a la supervivencia y al desarrollo de la personalidad. La convención destaca también la responsabilidad del Estado sobre la garantía del “interés superior de los niños”, aún por encima de la potestad de los padres y de los valores culturales que sustenten su lugar en comunidades específicas.

8. “ubicua erotización de la niña en los medios y la ubicua negación e ignorancia de este fenómeno” (traducción nuestra).

intercambiada, forzada a casarse o empujada a comerciar con su cuerpo, cada vez que un niño o niña muere fruto de agresión, enfermedad, abandono o víctima de la violencia estructural de la pobreza que potencia su vulnerabilidad a tantas y tan complejas formas de abuso, es un sujeto sensible e inteligible quien sufre, un ser completo el que se va, no el hombre que será o la mujer que no pudo ser.

Una segunda premisa de este libro es que niñas y niños son además sujetos sexuados, marcados por su diferencia sexual y el significado sociocultural de su género, aspectos que el neutral “niños” no logra abarcar. Las novelas analizadas demuestran igualmente, haciendo eco del llamado de las feministas poscoloniales, la necesidad de considerar la simultaneidad de las formas de opresión que actúan sobre las niñas. De allí que este libro considere tanto los efectos de las jerarquías de género como sus intersecciones con fuerzas ligadas a la raza, la clase, la sexualidad y la edad. *La rebelión* contribuye así a decodificar la “matriz de la dominación” (Collins 2009 [1990]: 18), la forma en que se organizan y sostienen estas formas de opresión a través de relaciones interpersonales e instituciones culturales y sociales que, aunque mi análisis se hace en el contexto de escritoras caribeñas y latinoamericanas, tienen resonancia global.

Basta con apreciar desprevenidamente el razonamiento de una niña para darse cuenta de que las niñas son sujetos sensibles, curiosos y capaces de juicio. Desafortunadamente, la descalificación del saber asociado a esas vivencias en nombre de la educación “apropiada” para la mujer desempeña un papel fundamental en su formación. La ceguera ante la niña literaria tiene su correlato en la incapacidad de entender y valorar la lógica infantil, en la propensión, en general, a juzgar, sancionar y moldear el comportamiento de niños y niñas a partir de imágenes preconcebidas sobre lo que debe o no ser, sentir o saber un niño. Las novelas estudiadas cuestionan la “naturalidad” de los conceptos con los que se nombran tanto las etapas de desarrollo del cuerpo y la subjetividad femenina como los comportamientos adecuados para las mismas. Los eventos biológicos que demarcan la transición de “niñas” a “púberes”, “adolescentes” y “mujeres” se revelan incongruentes, intrincados con las expectativas sociales sobre la feminidad, sus categorizaciones y distinciones. De ahí que además de

las niñas “biológicas”, en *La rebelión* considere a otras “niñas”: las que habitan el espacio indefinido y polivalente de la adolescencia, ya en lid con los marcadores físicos y sociales de la “mujer”, y “mujeres-niñas” que, pese a su madurez física mantienen en su apariencia y comportamiento características asociadas con la niñez –dependencia, obediencia e indefensión, entre otras.

La tercera premisa básica de este libro es que las niñas son sujetos de deseo y no sólo objetos del mismo. Las historias analizadas ponen en evidencia el deseo activo de las niñas, manifiesto en las sensaciones, movimientos e interacciones con el entorno y con otros cuerpos, en la presencia de pulsiones sexuales, en su curiosidad intelectual y en la búsqueda de autonomía. En contraste con la pasividad mistificada por el fetiche, las escritoras ponen de relieve que tanto la inocencia como la iniciativa sexual atribuidas a las niñas son proyecciones sobre la sexualidad infantil del lenguaje sexual de los adultos. Son éstos los beneficiarios de la imagen de la niña inocente que la despoja de todo erotismo y agencia, y del mito de la provocadora, que le asigna poder sobre la voluntad de los otros. Las historias de formación de las niñas apuntan al miedo y al deseo adulto como fuente de la atribución de responsabilidad a las mismas sobre la atracción que “despiertan”. Demuestran además que el ataque implícito en esta atribución tiene como objeto no tanto el ejercicio de la sexualidad sino el de la agencia sexual femenina –la capacidad de niñas y mujeres para entender y ejercer control sobre su propio cuerpo y erotismo–. De ahí que fenómenos como la citada erotización mediática de la niña, la hipersexualización de los cuerpos femeninos en el mercado global y la creciente permisividad ante la actividad sexual a edades cada vez más tempranas, coexistan con variedad de mecanismos de regulación del deseo femenino.

Los textos examinados sugieren asimismo la necesidad de considerar el cuerpo de las niñas en su relación con el “cuerpo social”. Estudios contemporáneos sobre los vínculos entre la sexualidad y la ciudadanía en el Caribe enfatizan cómo ni la primera es una cuestión meramente privada ni la segunda está desconectada de lo íntimo. El sostenimiento de la norma heteropatriarcal imperante en la región –la cual continúa legitimando no sólo el control sexual y social de las mu-

jeros sino la promiscuidad masculina y la agresión contra cualquier “desviación” de la sexualidad normativa— es fundamental a la producción simbólica de las naciones y a su materialización por medio de políticas públicas, medidas económicas y prácticas cotidianas (Alexander 1994, 1997; Kempadoo 1999, 2004, 2009; Sheller 2008, 2012; Smith 2011). La continuidad entre la opresión persistente en las relaciones íntimas —tanto con sus parejas como consigo mismas— y la capacidad de las mujeres para responder contra la explotación en el ámbito público, es también patente en estudios sobre las prácticas eróticas y afectivas entendidas como “amor” en la región (Barriteau 2012). *La rebelión* examina el rol del control del cuerpo y la sexualidad de las niñas en la perpetuidad de las estructuras jerárquicas neocoloniales y poscoloniales y, al mismo tiempo, subraya los retos que la conciencia corporal de la niña contrapone a esas jerarquías. Mi estudio se sitúa en la intersección entre, por un lado, la materialidad de los cuerpos y las realidades sociales recreadas por las autoras, y, por el otro, los significados y efectos simbólicos de los conceptos “niña”, “adolescente” y “mujer” producidos y nutridos por la ficción. Desde un enfoque “realista crítico feminista”,⁹ indago en las fantasías colectivas atestiguadas por la literatura, para iluminar el papel de la ficción en la reproducción de los imaginarios que sustentan el fetiche de la niña y sus fenómenos derivados —desde el comercio sexual con púberes y adolescentes hasta la extendida infantilización de la feminidad

-
9. Anna Jónasdóttir y Kathleen Jones (2009) acuñan este término como contraparte al énfasis del feminismo postestructuralista en la condición discursiva de lo real. Denunciando los riesgos políticos de esta tendencia, las autoras abogan por análisis feministas que consideren la mutua constitución de lo material, las instituciones sociales y la producción de sentidos, desde un enfoque que “brings identification of social structures and institutions of power together with elucidation of the norms and rules of language or discourse, explaining how these norms and rules shape and are shaped by specific social structures and relationships ordering social life, and yet are subject to change” (Jónasdóttir/Jones 2009: 6; “vincule la identificación de las estructuras e instituciones de poder a la comprensión de las normas y reglas del lenguaje y el discurso, explicando cómo estas normas y reglas forman estructuras específicas y son formadas por relaciones sociales que ordenan la vida social, no obstante sujetas a cambios”; traducción nuestra).

adulta—. En diálogo con el campo de los estudios de la infancia y adolescencia femenina surgido en décadas recientes —los *girls' studies*—,¹⁰ ilumino además cómo se forjan y sostienen los mitos que nombran a las niñas, la complicidad entre esos mitos y las fuerzas hegemónicas de poder, así como los efectos individuales y sociales de su imposición.

Sean fruto de la ficción o inspiración para la misma, lo cierto es que los mitos sobre la sexualidad y la subjetividad de las niñas circulan como verdades, demarcando el escenario en el que niñas y mujeres reales tienen que actuar y dar forma a su personalidad, proveyendo el guión según el cual callan, nombran u organizan sus miedos, dolores y deseos y la trama que circunscribe sus oportunidades de formación y su autonomía en el mundo real. La permisividad social ante las relaciones entre adultos y menores, el incesto, la trata de niñas y adolescentes, la venta de hijas y familiares a turistas en el Caribe, Latinoamérica y a todo lo largo del “Mundo en desarrollo”, entre otras prácticas extendidas de abuso y explotación sexual infantil, constatan los efectos de esas proyecciones, retroalimentadas por su trivialización en la literatura. La proliferación de las prácticas de objetivación, apropiación y mercantilización de los cuerpos y la sexualidad de niñas y mujeres en lo que va del siglo XXI, pone de relieve la necesidad de investigaciones que expliquen los mecanismos que garantizan el privilegio del deseo masculino, la ecuación de la sexualidad con la dominación y sus bases psicológicas, sociales y culturales —ese entramado que a lo largo de este libro denomino la “economía patriarcal del deseo”—. Se requieren además acciones que cuestionen las complicidades entre esta “economía” y el régimen capitalista y neoliberal global. Apremia también pensar

10. Las tendencias dominantes en las primeras décadas de estudios sobre la adolescencia femenina revelan consonancias con la distinción literaria y popular entre inocencia y precocidad, al circunscribirse a la dicotomía entre la joven en riesgo —*the girl at risk*— cuya vulnerabilidad es denunciada en *superventas* y libros de autoayuda, y la joven “poderosa” —*the girl power*— cuya independencia es celebrada por las revistas juveniles y la industria del entretenimiento. Autoras feministas contemporáneas apuntan a la consonancia de ambos enfoques con las ideas de éxito promovidas por el modelo del sujeto neoliberal contemporáneo, denunciando la disolución de los ideales colectivos feministas en el discurso de realización individual contemporáneo (Gonick 2006; McRobbie 2009).

en cómo las niñas y adolescentes crecen y aprenden a entenderse a sí mismas, su cuerpo y sexualidad, qué tipo de agencia asumen y qué formas toma su deseo de cara a la ubicua mercantilización de sus cuerpos. Este libro es un aporte a esa tarea.

Tácticas y estrategias

La rebelión de las niñas ilustra los enunciados del cuerpo y sobre el cuerpo con los que las escritoras del Caribe hispano responden tanto a la negación de subjetividad como a las versiones dominantes en la construcción simbólica de la niña. Mi estudio se concentra en novelas de formación de escritoras que privilegian la perspectiva de niñas y adolescentes, en particular la venezolana Antonia Palacios (1904-2001), las colombianas Marvel Moreno (1939-1995) y Fanny Buitrago (1943), y las puertorriqueñas Magali García Ramis (1946) y Mayra Santos Febres (1966). La primera de las rebeliones comunes a estas autoras consiste en la ruptura del silencio y el cuestionamiento de los mitos en torno a la feminidad infantil. Por medio de la recreación crítica del proceso de hacerse mujeres –de las relaciones, discursos y prácticas que asignan significado a los cuerpos y dan forma a la subjetividad– las escritoras disputan el monopolio del fetiche, al cual contraponen una vasta diversidad de vivencias narradas desde la perspectiva de niñas y mujeres. Pese a los finales trágicos de varias de las protagonistas, niñas y adolescentes aparecen en estas novelas como heroínas de una lucha cotidiana contra la apropiación social de sus cuerpos. Esta lucha es en sí un testimonio revelador y rebelde: ni inocentes ni seductoras, tampoco víctimas pasivas.

Mi análisis recurre a herramientas teóricas y críticas de los estudios literarios y culturales, al pensamiento postestructuralista y a los estudios poscoloniales, a teorías feministas y a los estudios del Caribe, además de al campo de los estudios de adolescentes, para iluminar los actores y factores que facilitan el sostenimiento de las relaciones dominantes de poder, los mecanismos sociales y los resortes psíquicos que promueven la aquiescencia de hombres y mujeres con las relaciones que les subyugan. A lo largo de este libro examino además las ac-

ciones que niñas, adolescentes y mujeres han puesto en práctica para desarticular esos mecanismos, refutando o negociando su posición frente a las expectativas sociales ligadas a la femineidad. De este modo, me aúno al compromiso con prácticas colectivas de autorreflexión que en su evaluación y reformulación de la empresa feminista, investigadoras y pensadoras a lo ancho del globo continúan abogando como eje de la formación de identidades aptas para cuestionar y subvertir simultáneamente el sustrato patriarcal y heterosexista, el legado colonial y racista, las premisas del neoliberalismo y las subjetividades consumistas y mercantilizadas promovidas por el capitalismo global. A lo largo de *La rebelión*, resuenan las voces del feminismo “de color” o del “Tercer mundo” (Gloria Anzaldúa 2007 [1987]; Patricia Collins 2009 [1990]; Chandra Mohanty 1991, 1997, 2003; Chela Sandoval 1991, 2000; Emma Pérez 1999; María Lugones 2003) y, en particular, de feministas caribeñas (Audre Lorde 1984; Jacqui Alexander 1994, 1997, 2006; Kamala Kempadoo 1999, 2004, 2009; Patricia Mohammed 2002; Eudine Barriteau 2012, 2013). Mi conceptualización de la “conciencia corporal” se adhiere al esfuerzo de estas últimas por crear un corpus de conceptos propios para refutar la arraigada cultura machista y legitimar los saberes femeninos en la región.¹¹ *La rebelión* ilustra igualmente las estrategias que las niñas, según retratan las escritoras estudiadas, pueden proveer a la tarea global de descolonización y a la concepción de formas alternativas de ser mujeres, hombres, humanos.

Además de la prevalencia del punto de vista de la niña, el rasgo que distingue y hermana a las escritoras estudiadas en este libro es su reconocimiento de la polivalencia del cuerpo tanto en la formación individual como en la estructuración de lo social. La segunda rebelión co-

11. Al referirse al “vocabulario propio” creado por el pensamiento feminista caribeño, Eudine Barriteau (2012a) pone en evidencia las tendencias prevalentes en el mismo. Entre ellas cabe destacar el énfasis en la complicidad del patriarcado con las jerarquías raciales y de clase heredadas al colonialismo; un interés en el poder simbólico y social de las madres; la atención a las identidades transnacionales promovidas por la migración constante de las mujeres trabajadoras; el abordaje de la sexualidad y el erotismo como fuerzas sociales; y una preocupación simultánea por la masculinidad y la marginalización de los hombres en la región.

mún a estas autoras consiste en la puesta en escena del cuerpo y del conflicto entre su vivencia y su valoración sociocultural como eje de la formación de la subjetividad femenina. Una constante inescapable a lo largo de este recorrido es la “violencia simbólica”, esa opresión estructural aunque intangible, ratificada por variedad de escenas de violencia física y sexual que acentúan la vulnerabilidad de niñas y adolescentes en culturas que se valen del control del cuerpo y la sexualidad para prevenir o suprimir la autonomía femenina. Capítulo a capítulo, *La rebelión* expone los mecanismos de sujeción contra los que se debaten las protagonistas, ilustrando las peripecias comunes a hacerse mujeres en el contexto hispano-caribeño, al igual que las estrategias por medio de las cuales niñas, adolescentes y mujeres combaten contra el imperativo social por su derecho a ser un cuerpo-sujeto autónomo. La presencia constante del deseo de autonomía, pese a la ubicuidad de la violencia, inspira no sólo el título de este libro sino también la reconsideración teórica de la relación entre los cuerpos, los sujetos y el poder que desarrollo en el primer capítulo del mismo.

Narrar con los cuerpos y desde ellos cumple entre las escritoras elegidas una variedad de funciones. Palacios, García Ramis, Moreno, Buitrago y Santos Febres caracterizan la formación de sus protagonistas como un proceso corporal, problemático e inacabado: las niñas aprenden los roles de género, junto con jerarquías de raza, clase, edad y orientación sexual, a través de una coreografía de gestos y actos, a menudo violentos, destinados a adecuar sus cuerpos al comportamiento femenino “apropiado”. El cuerpo es asimismo instrumento y plataforma de los actos de rebeldía recreados por estas obras. Tocando, llorando, gritando —a través de sus sentidos y corporalidad— las niñas expresan el dolor y las satisfacciones que resultan de su lucha por articular deseos e identidades propias. En las historias de formación se evidencia la tensa coexistencia del cuerpo activo, cuyo emblema es el cuerpo infantil, escenario de las percepciones y acciones que permiten aprehender el mundo, y aliado del deseo y la curiosidad de la niña, por un lado. Por el otro, y en pugna constante con el primero, las escritoras denuncian la producción de un cuerpo objetivado, socialmente construido como apariencia, propiedad, receptáculo, significante vacío o carencia. El conflicto interno generado por esas dos versiones del

cuerpo se intensifica durante la pubertad, dando lugar a una serie de imágenes de pérdida y duelo, así como al recrudecimiento de la violencia física y sexual sobre las adolescentes que reconocen o resisten formas más sutiles de control. La recurrencia y transversalidad de este conflicto en las novelas incluidas en este estudio indica que el proceso de feminización bajo la norma patriarcal se vale del desplazamiento del cuerpo-sujeto por el cuerpo-objeto como soporte de la feminidad “normal”, dando origen a una disociación entre la corporalidad y la identidad que obstaculiza la constitución de una subjetividad autónoma. Si bien los escenarios han cambiado y las técnicas de inscripción de la normatividad y las distinciones de género se han hecho más sofisticadas, la persistencia del conflictivo estatus social de los cuerpos femeninos sugiere asimismo que el gran desafío heredado por las mujeres del presente siglo es ya no sólo el de procurarse “un cuarto propio” —como clamara el famoso ensayo de Virginia Wolf— sino además el de hacerse de “un cuerpo propio”.

La tercera de las rebeliones colectivas revisada en este libro consiste en el uso de la narración como recomposición de la identidad de la niña, y de la adulta, en la escritura. Escribir desde las percepciones y reacciones corporales de sus protagonistas constituye un mecanismo de legitimación de las voces narrativas, y de la autoridad de las escritoras mismas, estructurada sobre la base de una empatía o una identificación con la conciencia de sus protagonistas, que tiene a menudo matices autobiográficos. Abordando la escritura misma como ejercicio de “conciencia oposicional” (Sandoval 1991, 2000),¹² mi interpretación se distingue tanto de las lecturas derrotistas sobre el proceso de subjetivación como de las que conciben el retorno a la niñez como

12. En su reivindicación de las prácticas de resistencia de las feministas de color, Chela Sandoval postula el concepto de “conciencia oposicional” como alternativa a la dicotomía entre poder y resistencia. Así denomina formas de agencia creativas, flexibles y móviles, a las cuales atribuye la capacidad para negar la primacía de cualquier ideología sobre la identidad y para promover formas estratégicas de subjetivación: “a tactical subjectivity with the capacity to de- and recenter, given the forms of power to be moved” (Sandoval 2000: 56-57; “una subjetividad táctica con la capacidad de descentrarse y recentrarse, según las formas de poder a mover”, traducción nuestra).

nostalgia por la pureza, tendencias que han permeado la crítica sobre la literatura de formación en el Caribe y Latinoamérica. En contraste, mi análisis acentúa el poder renovador de la subjetividad que implica para las escritoras el retorno a la rebeldía infantil.

Las historias estudiadas documentan un conflicto fundacional del “yo”. Por un lado, la escisión entre la experiencia activa del cuerpo y su objetivación social bajo parámetros patriarcales, y, por el otro, el imperativo de “olvidar” la condición corporal de la subjetividad en pro de una abstracción mental de uno mismo, ajustada a la conceptualización dominante de la identidad. Este conflicto, sin embargo, procura no sólo entenderse sino además resolverse por medio de la reestructuración de la identidad en la narrativa misma, que si bien supone un retroceso es también una apuesta hacia el futuro. Si, como señala Marianne Hirsch, los relatos de formación femeninos y/o feministas comprenden un impulso revisionista –reescribir el presente por medio de la revisión del pasado (1993: 107)– la recreación del cuerpo activo de la niña puede favorecer la reconstitución del ser de quien escribe y, eventualmente, de quien lee. En este movimiento se manifiesta tanto un ejercicio de agencia de la autora como un impulso de restitución de agencia a las niñas narradas y, ¿por qué no?, a las niñas reales que inspiran la ficción. Desde un enfoque transdisciplinar y feminista, teórico y empírico, mi análisis de los cuerpos infantiles disputa la colonización simbólica del cuerpo y la conciencia femenina por nociones de subjetividad e identidad que nos hacen leales al pasado, al histórico y al personal. La rebelión última registrada por este libro consiste, en consecuencia, en leer a las niñas no como pasado irrefutable del sujeto ni preludio de “la mujer” sino cual modelo de sujetos femeninos autónomos, destacando la relación con el cuerpo como vehículo potencial de una conciencia libre de la sujeción implícita en las nociones hegemónicas de ser y poder de origen colonial y patriarcal.

Re-articulando el cuerpo infantil

En el primer capítulo, “Del cuerpo ‘apropiado’ al cuerpo ‘propio’: corporalidad, subjetividad y poder”, introduzco los ejes conceptuales que

informan mi lectura de las niñas literarias. La caracterización de las protagonistas de *La rebelión* prefigura y excede las disquisiciones en torno a la relación entre el sujeto y el poder consolidadas en décadas recientes en el marco del pensamiento postestructuralista y el llamado “feminismo del cuerpo”. Las escritoras remiten la formación de la subjetividad a la materialización en los cuerpos de las niñas de una normatividad que, según la célebre conceptualización del poder contemporáneo de Michel Foucault, se aplica y reitera constantemente en la vida cotidiana por medio de una serie de “tecnologías” –fuerzas, prácticas, discursos– que, al “producir” y dar existencia social al sujeto, simultáneamente lo categorizan y adhieren a la identidad asociada con “su lugar” en la red de relaciones que constituyen ese poder. Al privilegiar cuerpos y experiencias femeninas, las autoras registran igualmente los efectos de la diferencia sexual, destacando la prevalencia y simultaneidad de las jerarquías de género y raza entre las fuerzas que enmarcan la definición y localización de niñas y mujeres en esa red. Para abordar esa diferencia, mi estudio recurre a revisiones feministas de las nociones de sujeto y poder planteadas por Michel Foucault, Pierre Bourdieu y Maurice Merleau-Ponty, entre otros. Trabajos como los de Luce Irigaray (2007 [1974], 2009 [1977], 2010 [1984]), Donna Haraway (1991, 1997), Judith Butler (1993, 1997, 1999), Elizabeth Grosz (1994, 1995, 1999), Rosi Braidotti (1994), Ann Balsamo (1996) y Lois McNay (2000) sustentan mi lectura del cuerpo como agente de la percepción y de la formación de la subjetividad como un proceso de “encarnación” –*embodiment*–, término acuñado por el “feminismo del cuerpo” para subrayar el énfasis en la regulación de las pulsiones y prácticas corporales de las “tecnologías del poder” contemporáneas. No obstante, la relación de las niñas con sus cuerpos recreada por las escritoras estudiadas rebasa las explicaciones ensayadas por la teoría postestructuralista y aun por el “feminismo del cuerpo”, dando cuenta de un deseo de autonomía previo a la producción del sujeto por el poder. Ahondando en las manifestaciones corporales y emocionales de agencia y resistencia entre estos personajes, mi análisis pone de relieve la inconsistencia entre la elocución de los cuerpos y la lógica de la dominación, llamando a reconsiderar la cuestión de la libertad más allá del paradigma dicotómico entre sujeción y resistencia.

Las novelas de Antonia Palacios, Marvel Moreno, Fanny Buitrago, Magali García Ramis y Mayra Santos Febres, cuyo análisis desarrollo en los capítulos subsiguientes, abarcan seis décadas de escritura y retratan más de un siglo de historias femeninas de formación. Mi lectura enfatiza los eventos comunes a la vivencia de hacerse mujeres durante este período, que acogió transiciones fundamentales como la salida de las mujeres al espacio público y la transformación, aunque incompleta, de los modelos de género bajo el influjo de ideas y actitudes feministas. Palacios, García Ramis y Moreno ilustran la intensificación de las tensiones en torno a los cuerpos femeninos en el contexto de la errática modernización de las urbes del Caribe hispano –Caracas, San Juan, Barranquilla–. En el segundo capítulo, los aspectos en común en la niñez de las protagonistas de *Ana Isabel, una niña decente* (Palacios, 1949), ubicada en Caracas durante la primera década del siglo xx, y *Felices días*, tío Sergio (García Ramis, 1987), localizada en San Juan en los años cincuenta, permiten identificar los discursos y prácticas que, en medio de las mutaciones sociales y económicas de la primera mitad de este siglo, reinscribieron en la memoria corporal de niñas y mujeres las jerarquías de género, raza y clase heredadas del régimen colonial, cuya perdurabilidad en el contexto poscolonial y neocolonial es también comprobable entre las novelistas posteriores.

Las últimas décadas del siglo se distinguieron, por su parte, por “the triumphal rise and recolonization of almost the entire globe by capitalism”¹³ (Mohanty 2003: 2). Las contradicciones implícitas en la imposición a las naciones latinoamericanas y caribeñas de los ideales individualistas y utilitaristas corolarios de esa empresa capitalista, pueden observarse en su expresión más cruda en el exponencial incremento de la violencia en todas las esferas sociales. Quizás no haya concreción más gráfica de los efectos agravados de la simultaneidad de opresiones sobre los cuerpos-sujetos femeninos contemporáneos que las imágenes recurrentes de tortura y desmembramiento que acompañan las violaciones y femicidios, con frecuencia de niñas y adolescentes, ocurridos en medio del persistente conflicto armado en Colombia

13. “el triunfante ascenso y recolonización de casi todo el globo por el capitalismo” (traducción nuestra).

o los Estados postconflicto de Centroamérica, las pandillas políticas jamaíquinas, las guerras entre carteles mexicanos o el Haití postterremoto, si bien la diseminación de la violencia física y sexual como estrategia de control de las mujeres es un fenómeno que franquea clases, razas, religiones y fronteras nacionales. En el Caribe, la permisividad ante la violencia sexual es tal que cabe considerar este tipo de agresiones como “a regular or normal part of male sexual expressions and identity”¹⁴ (Kempadoo 2009: 3).

En diciembre llegaban las brisas (Moreno, 1987), estudiada en el tercer capítulo, ofrece una singular genealogía del sustrato psicológico de las jerarquías patriarcales, de raza y de clase vigentes en el Caribe poscolonial, apuntando al rol fundacional de la violencia en su sostenimiento. Moreno remite además el recrudecimiento de la violencia contra los cuerpos femeninos durante la segunda mitad del siglo xx al tenso relevo del poder colonial —cuyo andamiaje ideológico y “moral” se resistía a ceder terreno— por las nuevas élites en las sociedades caribeñas. Las novelas de la colombiana Fanny Buitrago, que analizo en el cuarto capítulo, ratifican la pervivencia del sustrato colonial y su violencia en el contexto urbano de finales del siglo en el Caribe y otras regiones de Colombia. Pese a los avances que han hecho de las mujeres actores cada vez más visibles de participación social, sus cuerpos reaparecen en estos escenarios como objeto no sólo ya de apropiación, uso e intercambio al servicio de la economía patriarcal, sino además como objetos de consumo supeditados a una economía global de mercado. *Nuestra señora de la noche* (Santos Febres, 2006), localizada a principios del siglo xx durante la acelerada modernización del Puerto Rico neocolonial, refiere los orígenes tanto de la violencia sexual como de las prácticas de consumo de los cuerpos femeninos a la economía racial colonial. Si bien Buitrago y Santos Febres, a quien dedico el quinto capítulo, coinciden en conceder mayor agencia a sus protagonistas en la negociación de las condiciones y modelos disponibles para la formación de sus subjetividades e identidades, sus obras permiten observar el arraigo de la disociación interna requerida por la feminización

14. “una expresión regular o normal de la sexualidad e identidad masculinas” (traducción nuestra).

patriarcal. Al documentar la evolución de un siglo de batalla por el “cuerpo propio” de niñas, adolescentes y mujeres caribeñas, mi estudio de estas novelas destaca sus aportes, aún vigentes y relevantes, para la creación de salidas colectivas a la dominación y a su violencia.

El segundo capítulo, “Antonia Palacios y Magali García Ramis: de cómo se (de)forma una niña decente”, explora el mundo de dos niñas “malcriadas”, Ana Isabel Alcántara y Lidia Solís, protagonistas de *Ana Isabel, una niña decente y Felices días, tío Sergio*, ligadas por su explícita rebeldía contra las restricciones a su género que familiares, maestros, vecinos y sacerdotes se empeñan en inculcarles en nombre de la “decentencia”. Al recrear la sanción social al “sensualismo” de Ana Isabel y a la “malacrianza” de Lidia, así como la furiosa resistencia de las niñas a renunciar al disfrute de sus cuerpos, Palacios y García Ramis cristalizan el conflicto medular de las protagonistas de *La rebelión*: la pugna interna entre la vivencia del “cuerpo propio”, agente y vehículo de su aprehensión del mundo, y el cuerpo “apropiado”, materialización del doloroso aprendizaje de los modelos que han restringido el rol de las mujeres a objetos del deseo y de la apropiación masculina.¹⁵ En este

15. En *Beyond the Body Proper* (2007), Margaret Lock y Judith Farquhar remiten a la prevalencia de un cuerpo “apropiado” las contradicciones que continúan permeando no sólo la valoración popular de los cuerpos sino las herramientas y categorías de análisis de la mayoría de las ciencias sociales: “This body proper, the unit that supports the individual from which societies are apparently assembled, has been treated as a skin-bounded, rights-bearing, communicating, experience-collecting, biomechanical entity. Our common sense has attributed basic needs to this discrete body along with fixed gender characteristics. In law it has been seen as the only possible basis for the citizen’s responsibility to act and to choose. In the humanities it was long treated as the focus of an originary consciousness that is expressed in voice, image, and on. However contradictory this complex hybrid body may seem, its naturalness and normality tend to be reinforced by the operations of common knowledge and standard operating procedure in many contemporary spheres activity” (2007: 2; “Este cuerpo apropiado, la unidad que da soporte al individuo y a partir de la cual se ensamblan aparentemente las sociedades, ha sido tratado como una entidad limitada por la piel, depositaria de derechos, comunicante, recolectora de experiencias y biomecánica. Nuestro sentido común ha atribuido a este cuerpo necesidades básicas junto con características fijas de género. En la ley se le ha visto como la única base posible de la responsabilidad de los ciudadanos para actuar y elegir. En las humanidades fue

capítulo introduzco los actores, instituciones y discursos que enmarcaron la formación de niñas y adolescentes durante la primera mitad del siglo xx en Latinoamérica y el Caribe, poniendo de relieve las prácticas que, al asignar sentido y valor a la experiencia corporal infantil, hicieron de la norma de género vigente un “estado de cuerpo” (Bourdieu 2007 [1980]: 111). Indago igualmente en la gama de respuestas que la conciencia corporal de las niñas contraponen a los parámetros patriarcales sobre la feminidad. Exponiendo y defendiendo la capacidad de juicio y pensamiento crítico que las niñas derivan de sus sentidos y sus relaciones intercorporales, las autoras subvierten las expectativas de ignorancia y docilidad requeridas en nombre de la “inocencia”. Ese primer gran mito sobre la niña es blanco común de la suspicacia de las escritoras estudiadas, quienes reconocen y denuncian la amenaza del mismo a la agencia y la autonomía femeninas.¹⁶ Las niñas de *La rebelión* saben, entienden y cuestionan con notoria lucidez el mundo natural y social que las rodea, si bien su criterio se ancla en la verdad de las sensaciones y las emociones. El choque entre la conciencia derivada de este saber y los significados socioculturales asignados a sus experiencias corporales y relaciones intersubjetivas, mediados por la moralidad y los imperativos sociales, es una de las primeras y fundamentales fuentes de dolor, trauma y debilitamiento de la estima propia que caracteriza el crecimiento, en particular el ingreso a la pubertad, de la mayoría de las protagonistas.

largamente tratado como el centro de una conciencia originaria que se expresa en voz, imagen, etc. Pese a cuán contradictorio este cuerpo complejo e híbrido pueda parecer, su naturalidad y normalidad tienden a ser reforzadas por vía del sentido común y por los procedimientos en muchas esferas de actividad contemporáneas”, traducción nuestra).

16. En su exploración de la voz narrativa en escritoras contemporáneas, Renee R. Curry denuncia la desconfianza de las autoras hacia la equiparación de las niñas con la “inocencia”, fantasía cultural que demanda de las mismas “to be blameless, faultless, virtuous, spotless, pure of heart, irreproachable, unimpeachable, inculpable, chaste, guiltless, guileless, harmless, simple, naïve, unsophisticated, artless, unknowledgeable and free from responsibility” (1998: 96; “ser intachables, impecables, virtuosas, libres de mancha, puras de corazón, irreprochables, irrecusables, libres de culpa, castas, inocentes, inofensivas, simples, ingenuas, insofisticadas, cándidas, ignorantes y carentes de responsabilidad”, traducción nuestra).

En su caracterización de la sensualidad de Ana Isabel y Lidia, Palacios y García Ramis prefiguran asimismo la consideración de las niñas como sujetos eróticos característica de todas las novelas estudiadas. Plasmado como el fruto de un deseo activo de sentir y conectarse, el “sensualismo” que las autoras adjudican a sus protagonistas subvierte la economía patriarcal del deseo y desvirtúa la construcción del deseo femenino como esencialmente pasivo, como el deseo de ser deseadas. Valga aclarar que lo que las niñas desean, según esta narrativa, dista mucho de las fantasías que proyectan sobre ellas los narradores y personajes de las citadas historias de amor de los escritores latinoamericanos. De hecho, un segundo tropiezo en común, igualmente traumático para las protagonistas, es el encuentro con la sexualización de sus cuerpos por parte de los adultos forzada por gestos y acciones que van desde la mirada hasta la violación. La experiencia de las niñas atestigua la incongruencia del lenguaje erótico infantil con el del adulto, así como la inherente desigualdad en el diálogo entre sus actores. De manera aún más problemática, las niñas evidencian la existencia de un deseo femenino de agencia, de libertad sobre sus acciones y movimientos, cuya expresión las convierte en blanco del ataque sistemático de su medio social por medio de sanciones constantes que incluyen el rechazo, la alienación y la agresión directa. La violenta represión de la agencia de niñas y mujeres sobre su corporalidad y sexualidad es objeto de la denuncia aguerrida de Marvel Moreno. La represión del deseo es también blanco de parodia a lo largo de la obra de Fanny Buitrago, a cuya recreación de la “pose” con la que las mujeres aprenden a camuflar su agencia volveré en el cuarto capítulo. El reconocimiento y la capitalización de la economía patriarcal del deseo es, finalmente, piedra angular en el proceso de emancipación de la protagonista de la novela de Mayra Santos Febres analizada en el capítulo final.

En *En diciembre llegaban las brisas*, Marvel Moreno enfatiza el vínculo entre la “decencia” y la coerción de la sexualidad elucidado por Palacios y García Ramis desde una mirada a las respuestas inconscientes al control del cuerpo, que le permite ahondar en los pilares psíquicos de la construcción patriarcal de la sexualidad. Evaluando los paralelos entre *En diciembre* y revisiones feministas de la narrativa psicoanalítica, el tercer capítulo de *La rebelión* ofrece un recorrido crí-

tico por el desarrollo psicosexual de las niñas y los más grandes mitos sobre el mismo: la “envidia del pene”, el “masoquismo” de la sexualidad femenina y la condición “fálica” del amor y el “poder” materno, entre otros. Objetando la naturalización de su sujeción, Moreno localiza en el origen de la identidad de sus protagonistas, el impacto psicológico de la violencia simbólica, física y sexual contra sus cuerpos. De este modo, la autora pone de relieve el pacto implícito entre el poder patriarcal y la violencia sexual. En este contexto, una vez más, la batalla por un deseo propio hace del cuerpo el blanco de la agresión que intenta contener a niñas, adolescentes y mujeres, y, a su vez, el instrumento de las rebeliones de sus protagonistas.

En el cuarto capítulo exploro la evolución de los modelos de subjetividad disponibles para niñas, adolescentes y mujeres a lo largo de la excepcional trayectoria de Fanny Buitrago, desde su primera novela, *El hostigante verano de los dioses* (1963), hasta la más reciente de ellas, *Bello animal* (2002). Mi lectura se detiene en su recurrente caracterización de “mujeres-niñas”, que contraste con estudios sobre la adolescencia femenina para adentrarme en los efectos de la ficción y los medios masivos en la construcción simbólica de la feminidad. Apuntando a la farsa, una vez más, tras la expectativa de la “inocencia” o tras el imperativo de la “belleza”, entre otros mitos en torno al cuerpo y la feminidad “apropiadas”, Buitrago parodia las distintas “poses” asumidas por las mujeres y expone los sutiles mecanismos que continúan garantizando, desde temprana edad, el control de sus cuerpos. La autora satiriza por igual a la virginal heroína del romanticismo, a la provocadora “Lolita”, a la independiente “mujer moderna” y a la perfecta mujer “posmoderna”, presa del mundo re-colonizado por los valores neoliberales y consumistas. De este modo, documenta la persistencia de la construcción pasiva del deseo femenino, y reclama la emancipación erótica, encarnada en las experiencias antinormativas del cuerpo que permiten a algunas de sus protagonistas desarmar el artificio patriarcal sobre sus identidades. Por medio de continuos gestos metaficcionales, Buitrago subraya además el poder de la literatura en la producción y desconstrucción de ese artificio, poder que ella misma pone a prueba en una de sus más recientes novelas, *Señora de la miel*, donde imagina una rebelión individual y colectiva anclada en una forma alternativa

de goce, jocosamente contrapuesto al culto al “falo” que gobierna la sexualidad caribeña.

A la agencia sobre el deseo propio remite también Mayra Santos Febres la fuerza por medio de la cual el más vulnerable de los individuos en la jerarquía social, una niña negra, pobre y huérfana, consigue convertirse en la legendaria Isabel La Negra, propietaria del más famoso emporio del placer de Puerto Rico, el Elizabeth’s Dancing Place. En el quinto capítulo recorro a la revisión de este personaje histórico en *Nuestra señora de la noche* (2006) para adentrarme en el sofisticado lenguaje de la sexualidad en la cultura popular caribeña y en las transacciones con el erotismo que han proliferado en la historia del Caribe. Mi análisis se sustenta en teorías de las feministas “de color” y caribeñas para iluminar las negociaciones con el deseo por medio de las cuales Isabel no sólo trasciende su situación como objeto y reclama agencia, sino que se convierte en mediadora y gestora de la de los otros. En este capítulo reviso igualmente los orígenes de esas negociaciones a la luz de las diferencias y los aportes que propone la visión afrodiaspórica en cuanto a conceptos fundamentales como el de familia, maternidad y sexualidad, y sus corolarios ideales de comunidad, nación y región. Remarco además los resortes y efectos de la naturalización del mito de la mujer negra como provocadora por excelencia, sexualmente disponible y pasiva. Si bien la protagonista subvierte a cabalidad estos mitos, controlando la accesibilidad a su cuerpo y priorizando sus deseos de independencia y poder económico, la novela deja irresuelto el dilema de las niñas explotadas por la Madama, resaltando la vulnerabilidad de las mismas y el riesgo que suponen los ideales de ascenso social y acumulación de capital para una propuesta feminista y humanista.

La condición *encarnada* que las escritoras estudiadas atribuyen al proceso de hacerse mujeres y el uso del cuerpo como sitio de resistencia son características comunes en variedad de autoras contemporáneas del Gran Caribe y su diáspora. En diálogo con la crítica sobre estas autoras y estudios sobre el rol social de los cuerpos y la sexualidad en el Caribe como los de Jacqui Alexander (1994, 1997, 2006), Ángel Quintero Rivera (1996, 2009), Kamala Kempadoo (1999, 2004, 2009) y Mimi Sheller (2002, 2008, 2012), en el capítulo final sinteti-

zo las manifestaciones e implicaciones de la excepcional “conciencia del cuerpo” manifiesta por las escritoras mismas e introduzco los factores culturales que dieron lugar a su emergencia. La abundante y polifacética expresión del cuerpo como tropo, escenario y agente en variedad de fenómenos culturales y artísticos, además de en la literatura regional, sustenta mi teoría de la prevalencia entre caribeños y caribeñas de una singular conciencia de la polivalencia de los cuerpos y su relación con el poder. Esta teoría responde a su vez a mi experiencia en común con las escritoras aquí analizadas: haberme formado como mujer en el Caribe hispano. Aunque esta conciencia no puede considerarse exclusiva del Caribe, puede verse exacerbada debido a la violenta apropiación de los cuerpos y a la prohibición de la palabra por las políticas coloniales en la región. La persistencia de la compleja cultura de resistencia corporal a la que dieron origen estas políticas inspira el énfasis en la “rebelión” de mi análisis.

La rebelión emula el gesto revisionista del pasado entre las autoras elegidas para pensar el futuro de la propuesta feminista de emancipación del sujeto. Las protagonistas estudiadas revelan, por una parte, que pese a la desmemoria de las adultas, las niñas han deseado siempre libertad y han luchado por ella. Demuestran también que no habrá liberación posible, individual ni colectiva, si no somos capaces, como señala Greene, de proteger sin devaluar a nuestros niños y niñas, de entenderlos como sujetos y agentes de deseo. Al centro de la tergiversación neoliberal del sueño feminista de realización personal de las mujeres, en principio un sueño colectivo y humanista, las escritoras caribeñas sitúan la colonización del deseo. Ya no sólo la tergiversación del deseo de conexión y contacto y la apropiación de la agencia femenina sobre la sexualidad sino, más recientemente, la sustitución de los deseos de agencia y autonomía característicos de la experiencia infantil por deseos materiales producidos por la cultura de consumo, el arma imperialista más efectiva de nuestros tiempos. Volver a la niña es reconectarnos con la fuerza primaria del deseo, proveniente de la relación orgánica con su cuerpo expuesto al mundo, su primer motor y vehículo, poroso ante la presencia material y la energía del entorno natural y de los otros, permeable al dolor y al goce, maleable y abierto hacia el futuro.